



Forma y Función

ISSN: 0120-338X

formafun@bacata.usc.unal.edu.co

Universidad Nacional de Colombia

Colombia

Rivera Bernal, Fernando Alfredo
EL TEXTO SINTOMATO LÓGICO-ELEMENTOS PARA UNA LECTURA DEL
'PARADIGMA INDICIAL'

Forma y Función, vol. 29, núm. 1, enero-junio, 2016, pp. 179-205

Universidad Nacional de Colombia

Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=21946206008>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

doi: <http://dx.doi.org/10.15446/fyf.v29n1.58515>

EL TEXTO SINTOMATOLÓGICO— ELEMENTOS PARA UNA LECTURA DEL ‘PARADIGMA INDICIAL’*

*Fernando Alfredo Rivera Bernal***

Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá

Resumen

Este artículo explora las características de la interpretación ‘indicial’, o análisis de particularidades, a partir de la contraposición entre lo individual y el detalle con las cualidades generalizantes propias de los recursos analíticos implícitos en las categorías de mentalidades, cosmovisiones y representaciones colectivas. Para identificar sus rasgos y potencialidades, se revisa la perspectiva ‘morfológica’ y ‘microscópica’ desarrollada por Carlo Ginzburg, así como los enfoques iconológicos e iconográficos de Aby Warburg y Erwin Panofsky, cuya óptica permite una interpretación ‘diagnóstica’ de indicios, huellas y marcas, dibujando así los perfiles de la ‘sintomatología cultural’. Igualmente, se conecta la metodología indicial de Morelli con los tópicos del psicoanálisis freudiano y, particularmente, con los procesos deductivos aplicados por Sherlock Holmes. A partir de esta conjunción, se afiligrana el núcleo de su particularidad: la ‘abducción’, formulada por Charles Sanders Peirce, recurso que se propone como sagital en la ‘lectura’ de la morfología de los síntomas culturales.

Palabras clave: *paradigma indicial, iconografía, abducción, sintomatología cultural.*

Cómo citar este artículo:

Rivera Bernal, F. A. (2016). El texto sintomatológico—elementos para una lectura del ‘paradigma indicial’.

Forma y Función, 29(1), 179-205.

Artículo de reflexión. Recibido: 07-10-2014, aceptado: 18-07-2015

* Artículo realizado durante el año sabático (2013).

** fariverabe@unal.edu.co. Comunicador Social, Magíster Sociología de la Cultura, Doctor en Historia Comparada, Posdoctorado Subjetividades, Instauración Discursiva (“¿Qué es un autor?”). Profesor Titular, Departamento de Lingüística, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional, sede Bogotá.

THE SYMPTOMATOLOGICAL TEXT. ELEMENTS FOR READING THE
'INDICIAL PARADIGM'

Abstract

This paper explores the characteristics of the 'indicial' interpretation or analysis of particularities, starting from the contraposition between individuality and detail and the general qualities inherent to the analytical resources implicit in the categories of mentalities, world views, and collective representations. To identify their features and potentialities, the 'morphological' and 'microscopic' perspective developed by Carlo Ginzburg is revised, as well as the iconological and iconographic foci by Aby Warburg and Erwin Panofsky, whose views allow for a 'diagnostic' interpretation of indexes, prints and marks, drawing the profiles of the 'cultural symptomatology'. Likewise, Morelli's indicial methodology is linked to the topics of Freudian psychoanalysis and, especially to the deductive processes applied by Sherlock Holmes. Based on this conjunction the kernel of its particularity becomes refined: 'abduction', formulated by Charles Sanders Peirce, a resource that is proposed as sagittal in the 'reading' of the morphology of cultural symptoms.

Keywords: *indicial paradigm, iconography, abduction, cultural symptomatology.*

O TEXTO SINTOMATOLÓGICO. ELEMENTOS PARA UMA LEITURA
DO "PARADIGMA INDICIAL"

Resumo

Este artigo explora as características da interpretação “indicial”, ou análise de particularidades, a partir da contraposição entre o individual e o detalhe com as qualidades generalizantes próprias dos recursos analíticos implícitos nas categorias de mentalidades, cosmovisões e representações coletivas. Para identificar seus traços e potencialidades, revisa-se a perspectiva “morfológica” e “microscópica” desenvolvida por Carlo Ginzburg, bem como os enfoques iconológicos e iconográficos de Aby Warburg e Erwin Panofsky, cuja ótica permite uma interpretação “diagnóstica” de indícios, impressões e marcas, que desenha os perfis da “sintomatologia cultural”. Além disso, conecta-se a metodologia indicial de Morelli com os tópicos da psicanálise freudiana e, particularmente, com os processos dedutivos aplicados por Sherlock Holmes. A partir dessa conjunção, aperfeiçoa-se o núcleo de sua particularidade: a “abdução”, formulada por Charles Sanders Peirce, recurso que se propõe como sagital na leitura da morfologia dos sintomas culturais.

Palavras-chave: *paradigma indicial, iconografia, abdução, sintomatologia cultural.*

*Mi querido Adso —dijo el maestro—, durante todo el viaje
he estado enseñándote a reconocer las huellas por las que
el mundo nos habla como por medio de un gran libro.*

(ECO, 1987, p. 32).

Representaciones y cosmovisiones

A partir de los años 60, el concepto de *mentalidades colectivas*, que surgiera en el seno de la ‘psicología histórica’ (desarrollada por la escuela francesa de ‘Annales’ desde principios del siglo xx), es reemplazado por el de *imaginario colectivo y representaciones colectivas (l’imaginaire social)*. Tal mutación categorial buscaba explicar el cambio en los sistemas de pensamiento como efecto de tensiones entre intereses diversos y registros evaluativos antagónicos, esto es, referido a la relación de las creencias con la estructura social: “Los conflictos de intereses hacen lo inconsciente consciente y lo implícito explícito, conduciendo así al cambio” (Burke, 2000a, p. 223). El campo de la *representación* incluía, además, el análisis de categorías, esquemas, fórmulas, estereotípos y paradigmas, es decir, se enfocaba también en la relación de las creencias entre sí:

Las categorías y esquemas son formas de estructurar el pensamiento. Sin embargo, no son neutrales. Pueden estar asociados con intereses, con el intento de un grupo de controlar los demás, como han sugerido los sociólogos que desarrollaron la ‘teoría del etiquetamiento’. Califica a alguien de bruja y puedes quemarla. Es esencial que una historia de las mentalidades reformada o reformulada combine ambos enfoques (Burke, 2000b, pp. 229-230).

Estas tendencias analíticas focalizan las estructuras mentales de una época dada (referente y propósito de lo que Febvre llama *aparato conceptual* o *equipo mental, outillage mental*; Febvre, 1930, 1942), reguladas por las “evoluciones socio-económicas que organizan tanto las construcciones intelectuales como las producciones artísticas, tanto las prácticas colectivas como las ideas filosóficas” (Chartier, 2005, p. 18). De tal manera, se plantea el entrecruzamiento de topologías económicas y soportes lingüísticos, conceptuales y afectivos, cuyas especificidades funcionan como marcadores diferenciales de las mentalidades de los grupos sociales: la interpretación de los sistemas adscripticios de creencias, valores y representaciones, característicos de una etapa histórica determinada o de un grupo en un momento histórico específico.

Con la misma radiación de fondo, Panofsky (1980a, 1980b) desarrolla en el campo de la historiografía artística la dupla conceptual *costumbres mentales* o *habitus* y *fuerza forjadora de costumbres* (*habit-forming force*), que permiten capturar el *espíritu de la época* (*Zeitgeist*), por consistir en un conjunto de registros inconscientes y de principios interiorizados que otorgan unidad a las modalidades de pensamiento durante un corte sincrónico puntual. Es una premisa que socava el postulado de la relación racional y transparente entre la intención intelectual individual y la práctica texto–simbólica concreta, enfatizando así en la importancia del llamado *motivo precursor* (concepto nuclear en la ‘historia de las ideas’) y en la explicación de convergencias que regulan la producción intelectual o artística, desde la perspectiva de las *imitaciones* y las *influencias* (fundamento de la ‘historia intelectual’). La dirección sagital del análisis de Panofsky, dice Chartier, apunta a “los mecanismos por los cuales unas categorías fundamentales de pensamiento se convierten, dentro de un grupo concreto de agentes sociales, en esquemas interiorizados inconscientemente, estructurando todos los pensamientos o acciones particulares” (2005, p. 22). También Lucien Goldmann reformula las relaciones entre las ideas y la esfera social, a través de la trama *visión del mundo*, entendida como matriz interaccional de aspiraciones, sentimientos e ideas alrededor de la cual se articula un grupo determinado:

Hemos dicho que esta estructuración interna de las grandes obras filosóficas, literarias y artísticas viene del hecho de que expresan al nivel de una coherencia muy avanzada actitudes globales del hombre ante los problemas fundamentales que plantean las relaciones interhumanas y las relaciones entre los hombres y la naturaleza, actitudes globales (las hemos llamado “visiones del mundo”) [...] la actualización de ésta o aquella visión del mundo en ciertas épocas precisas resulta de la situación concreta en la que se encuentran los diferentes grupos humanos en el curso de la historia. (Goldman, 1968, p. 64)

Tal categoría permite identificar la significación y la posición social de los textos literarios, estéticos y filosóficos, reconocer parentescos formales y, particularmente, diferenciar *textos esenciales* caracterizados por su *estructura significativa*, actualizada en individualidades específicas, como efecto de condiciones socio–biográficas concretas:

La coherencia estructural no es una realidad estática sino una virtualidad dinámica al interior de los grupos, una estructura significativa hacia la cual tienden el pensamiento, la afectividad y el comportamiento de los individuos, estructura que la mayoría de ellos no realiza sino excepcionalmente en ciertas situaciones privilegiadas, pero que puede

ser alcanzada por individuos particulares en dominios limitados cuando coinciden con las tendencias del grupo y las llevan a su última coherencia (es el caso de ciertos jefes políticos o religiosos, de los grandes escritores, de los grandes artistas o de los grandes pensadores filosóficos). (Goldman, 1968, p. 65)

Este último rasgo se contrapone al postulado de la “historia de las mentalidades”, al afirmar la “objetivación” de las estructuras en la producción excepcional de individuos excepcionales, jerarquizando prioritariamente las “grandes” obras de los “grandes” individuos, figuración de lo particular minimizada por el concepto de *mentalidad*. Pero, simultáneamente, el filtro de visión del mundo posibilita visibilizar la dialéctica relacional de los sistemas ideológicos y de los contextos socio–políticos que llevan a un grupo o colectivo, en un momento específico, a compartir, conscientemente o no, tal tejido de creencias. Dicho de otra manera, esta circunstancia propone una ‘historia social de las ideas’, atenta a su lógica funcional, discriminable mediante el examen de las recurrencias, pero, a la vez, rescata el protagonismo activo del individuo frente a la rígida determinación de la estructura y reivindica la potencialidad agencial del sujeto frente a la coerción estructural: “La identificación de estereotipos, fórmulas, lugares comunes y temas recurrentes en los textos, imágenes y representaciones, así como el estudio de su transformación, se han convertido en una parte importante de la historia cultural” (Burke, 2000b, pp. 237-238).

La inferencia indicial

Desde esta misma perspectiva del análisis de lo individual, el historiador italiano Carlo Ginzburg propone una amplificación de la escala de observación, una ampliación de lo específico, de lo individual y del detalle, mediante una observación de ‘microscopio’: la *microhistoria*. Su enfoque debe distinguirse de la tradición francesa, de carácter territorial y geo–histórico:

Con la reducción de la escala de observación, Ginzburg intentó hacer visible una serie de hechos ocultados en el curso de las investigaciones de historia social clásica: vinculaciones, negociaciones, conflictos, elementos que generalmente no se ven en una escala más amplia. La idea era muy diferente a la que guiaba a la tradición de la monografía francesa, que consistía en delimitar un territorio particular para identificar la singularidad de ese territorio, pues sólo si se limitaba el territorio podían analizarse todas las fuentes necesarias; la monografía se ubicaba dentro del proyecto de la historia global al nivel de una ciudad, de un país en el sentido tradicional, de una región o de una

provincia. La idea era hacer la historia global dentro de un espacio geográfico particular y, quizás, acumular las monografías para finalmente obtener una descripción general. (Chartier, 2000, p. 236-237)

Examinando los razonamientos de Menocchio, molinero del siglo XVI, Ginzburg dibuja la conexión entre *mentalidad colectiva* y *cultura popular*:

Lo que ha caracterizado los estudios históricos sobre la mentalidad es la recurrencia de elementos inertes, oscuros, inconscientes de una determinada visión del mundo. Las supervivencias, los arcaísmos, la afectividad, lo irracional, todo ello delimita de modo específico la historia de la mentalidad, diferenciándola con bastante nitidez de las disciplinas paralelas ya consolidadas, como la historia de las ideas o la historia de la cultura (aunque algunos investigadores no establezcan diferencias entre éstas) [...] Pero por encima de las teorizaciones sobre mentalidad colectiva planea la historia tradicional de las ideas [...] en vez de ‘mentalidad colectiva’ prefiramos el término de ‘cultura popular’. (Ginzburg, 1986, p. 25-26)

Chartier inscribe esta categoría de lo *popular* en el circuito de producción, circulación y consumo cultural¹:

1 Si bien lo popular se puede definir como una relación de oposición y descentramiento en relación con la llamada ‘alta cultura’, en el sentido dibujado con su ya canónica dicotomía por Dwight McDonald (*midcult–masscult*; 1962), su indagación analítica se remonta, por lo menos, a tres vertientes: la sociopolítica de la Ilustración, orbitante en torno al ‘pueblo’ como ambiguo legitimador de un orden de gobierno civil (Maquiavelo, Voltaire, Condorcet, Hobbes, Rousseau, etc.); la estética del Romanticismo con su contraste entre civilización y cultura, centrada en la idea del ‘espíritu’ de los pueblos (*Zeitgeist*), atenta a la identificación de especificidades diferenciales (Herder, Burkhardt); y la antropológico–língüística, enfocada en las creencias, costumbres y ‘prácticas’ sociales a partir de una visibilización de lo folklórico, lo rural y lo ‘exótico’ (desde la ‘lógica poética del hombre primitivo’ de Giambattista Vico y el *Ensayo de una historia de la Cultura Humana*, 1782, de Johan Christoph Adelung, quien acuña el término ‘cultura’, hasta Michelet, Tylor y Morgan). Bebiendo de aquellas fuentes, los ‘estudios culturales’ han discriminado categorías paradigmáticas como (por mencionar solo algunas) ‘industria cultural’ (Adorno–Horkheimer), ‘esfera pública’ (Habermas), ‘experiencia cultural’ (Benjamin), ‘hegemonía’ (Gramsci), ‘carnavalesco’ (Bajtín), ‘recepción’ (Mandrou), ‘costumbres en común’ (Thompson), ‘reproducción cultural’ (Bourdieu), ‘resistencias tácticas’ (De Certau), ‘acontecimiento’ (Morin), ‘conflicto y diálogo cultural’ (Le Goff), ‘mediaciones’ (Serrano, García Canclini, Martín–Barbero), y ‘texto cultural’ (Lotman).

Popular. Con frecuencia utilizado como adjetivo encargado de calificar algunos objetos de la ‘nueva historia’ (por ejemplo, la literatura, la religión, o la cultura popular). La palabra, bajo la forma de un sustantivo (lo popular) ha venido a designar un conjunto cultural particular por sus condiciones de producción, de circulación o de consumo. Dos hechos han influido fuertemente para concentrar la atención de los historiadores, pero también (y a menudo antes que ellos) de los etnólogos y los sociólogos, sobre formas culturales situadas fuera o al margen de los modelos cultos y letrados: por un lado, el surgimiento de una cultura de masas sostenida por la escolaridad casi universal y el triunfo de los medios de comunicación, y por el otro lado, la voluntad de duplicar la descripción de las diferenciaciones socioeconómicas por las desviaciones culturales. (Chartier, citado en Bollème, 1990, p. 62)

La perspectiva *morfológica* y *microscópica* que propone Ginzburg tiene sus antecedentes en la personalidad matricial de Aby Warburg, pionero de los estudios culturales interdisciplinarios alemanes², y fundador en 1909 de la casa–biblioteca del 114 de la *Heilwigstrasse* en Hamburgo, convertida en renombrado ‘Instituto de investigación’. En dicho espacio escribieron personalidades como Fritz Saxl, Ernst Cassirer, Erwin Panofsky y Gertrude Bing, por mencionar solo algunos, cuyos 60 000 volúmenes (*Kulturwissenschaftliche Bibliothek Warburg*) fueron trasladados por el primero y la última a Londres en 1933, a raíz de la persecución nazi.

Con un enfoque iconológico, Warburg no solo consideraba el uso de testimonios figurativos (imágenes) como fuente histórica, sino que (enunciando la perduración de las formas, fórmulas y esquemas más allá del contexto en el que han surgido) introdujo el análisis histórico de fenómenos aparentemente insignificantes. Su indagación de la presencia de los antiguos en la civilización artística del Renacimiento temprano³ se proyecta en el énfasis analítico sobre la representación del movimiento del cuerpo, de los cabellos y las ropas en las figuraciones del siglo xv florentino. Estas observaciones le permiten identificar rasgos morfológicos (provenientes de los antiguos) que exhiben una mímica intensificada, fórmulas de lo patético (*Pathosformeln*), esquemas de expresión

2 Y, además, precursor de las contemporáneas redes de enlace y asociación conceptual internáuticas, con la cartografía relacional de su exuberante colección iconográfica de más de 200.000 imágenes, fototeca articulada en paneles entre 1924 y 1929, bajo el título *Atlas Mnemosyne o Atlante de la Memoria*.

3 Que ya se dibujaba desde su trabajo doctoral entre 1888 y 1889 sobre dos cuadros de Boticelli: *El nacimiento de Venus* y *La Primavera*. En dicho trabajo, se ilustra la presencia pagana de la ninfa o muchacha de movimiento grácil.

y representación, o “testimonios de estados de ánimo convertidos en imágenes” (Bing, citada en Ginzburg, 1989a, p. 41), así como *topoi* figurativos: “fórmulas auténticamente antiguas de una intensificada expresión física o psíquica, al estilo renacentista, que se esfuerza por representar la vida en movimiento” (Warburg, citado en Ginzburg, 1989a, p. 40). Referencia a un modelo arcaico de movimiento corporal consignada incluso por Leonardo: “imita en cuanto puedes a los griegos y a los latinos en el modo de descubrir los miembros, cuando el viento apoya sobre ellos los paños” (citado por Warburg, 1966, p. 55).

Warburg formula la categoría de los *Phatosformeln* a partir de los conceptos sobre la memoria desarrollados por la psicología fenomenológica de principios de siglo, como lo expone en su conferencia de 1928, presentando láminas del proyecto *Mnemosyne*:

La serie de imágenes que he podido mostrártelas esta tarde querría ayudar, en último análisis, a formular el enigma de la función de la memoria. En la función mnemónica, el milagro de la constancia se une al milagro, igual de grande, de la transformación (Warburg citado en Burucúa, 2003, p. 154).

También, su concepto se inspira en las observaciones de Darwin sobre la transmisión filogenética de las conductas y expresiones faciales de los animales superiores, definidas como un “conjunto estable y reforzado de huellas que determinados estímulos externos han impuesto en la psique y produce respuestas automatizadas ante la reaparición de esos estímulos” (Gombrich, citado en Burucúa, 2003, p. 29), a los que llama *engramas* originales, evocados por las formas artísticas que los objetivan y condensan en mecanismos sensibles.

No resulta difícil pensar la relación del núcleo generador de estos *engramas* a partir de la recurrencia de los elementos de una ‘palabra–tema’ sobre–determinante, tal como definía Saussure el *paragrama* (Starobinsky, 1977, p. 232-233): “Los elementos de la palabra–tema (incluso una letra) se extienden a todo lo largo del texto o bien están acumulados en un pequeño espacio” (Saussure, citado en Kristeva, 1981, p. 228). La dinámica del *paragrama*, entonces, permite entender los textos “como una red de conexiones, postulando la necesidad del estudio de las relaciones entre el texto y entre los textos” (Kristeva, 1981, p. 239). Esta cualidad paragramática de los textos ilustra el funcionamiento simbólico como un *gramma* en movimiento, una marca dinámica, y “una expansión de la función que organiza el texto [...] una expansión de la palabra–tema de la que habla Saussure y que sobredetermina la red” (p. 240), persistencia que bien podría definir la dinámica de los *engramas*.

El análisis de la persistencia y continuidad de las formas, más allá de los contextos, define el propósito del estudio de Warburg, quien busca la fijación de una memoria cultural a lo largo de las transformaciones históricas:

Warburg aspiraba a reconstruir tales cadenas de transporte de formas en la larga duración y entre los espacios dilatados de varias civilizaciones; su tarea apuntaba a acumular imágenes realizadas sobre todos los soportes concebibles y destinadas a todas las funciones imaginables, hasta cumplir el propósito de construir un espectro continuo, irizado y exhaustivo de representaciones en el cual se reprodujese la trama secular de la memoria de Occidente (Burucúa, 2003, p. 29).

Con este acercamiento, Warburg se propone relacionar datos formales y actitudes de fondo, reconstruir los vínculos entre las representaciones y los requerimientos prácticos, los gustos y la mentalidad de una sociedad concreta, en otras palabras, la visibilización de una situación histórica a partir de fuentes figurativas y documentales, interpretación por él llamada *iconológica*, matriz de un método de investigación y descubrimiento de historia cultural:

Como ha observado con justicia C.G. Heise, el objetivo de la investigación de Warburg era doble: por un lado, había que considerar las obras de arte a la luz de los testimonios históricos, fuera cual fuese su tipo y nivel, capaces de iluminar su génesis y significado; por el otro, la propia obra de arte, y en general las representaciones, debían interpretarse como una fuente *sui generis* para la construcción histórica. (Ginzburg, 1989a, pp. 48-49)

Con esa intención reconstitutiva, Warburg implementa su eje analítico: el enfoque en los rasgos, en los detalles y lo marginal, en lo aparentemente accesorio e irrelevante. Las recurrencias y continuidades de este eje permiten extrapolar relaciones causales y ‘atmósferas’ mentales: “se pueden hacer sentir voces humanas articuladas, aún en documentos de escasa importancia” (Bing, citada en Ginzburg, 1989a, p. 41). Siguiendo la misma ruta, Erwin Panofsky también relaciona datos iconológicos y datos estilísticos, concediéndole a estos importancia para la reconstrucción histórica. Con tal propósito, jerarquiza un modelo interpretativo compuesto de varios niveles. El primero consiste en un estrato *pre-iconográfico* que remite a experiencias sensibles:

Mientras creemos identificar los motivos sobre la base de nuestra experiencia práctica, pura y simple, realmente desciframos ‘lo que vemos’ según la manera en que los

objetos y las acciones eran expresados por las formas, bajo condiciones históricas variables. Al hacerlo así sujetamos nuestra experiencia práctica a un principio de control que puede llamarse la historia del estilo. (Panofsky, 1980a, p. 20)

Le sigue un estrato *iconográfico*, que remite a determinadas competencias literarias, donde se configura el contenido temático o significado de las obras, “hayan sido adquiridos por la lectura intencionada o por la tradición oral” (p. 21), a través del análisis de imágenes, historias y alegorías articuladas en torno a motivos, lo que equivale a relacionar *temas y tipos*: “La manera en la cual bajo diferentes condiciones históricas, temas o conceptos específicos fueron expresados por objetos y acciones” (p. 21). Finalmente, un estrato *iconológico*, el sentido de la esencia (*Wesenssinns*), producto de la síntesis iconográfica:

En las manifestaciones del arte, más allá de su sentido fenoménico y de su sentido de significado, se sitúa un contenido último y esencial: la involuntaria e inconsciente autorrevelación de una actitud de fondo, de una determinada época, de un determinado pueblo, de una determinada comunidad cultural. Por lo tanto, la más alta función de la interpretación es la de penetrar en el último estrato del ‘sentido esencial’ (*Wesenssinn*) Llegará a captar su verdadero sentido cuando logre captar y hacer relevante la totalidad de los momentos de su emanación [...] como documentos del sentido unitario de la concepción del mundo contenida en la obra. (Panofsky, citado en Ginzburg, 1989a, p. 56)

Así, la iconografía busca interpretar, mediante un proceso sintético más que analítico, los valores simbólicos, “generalmente desconocidos por el artista mismo y que incluso pueden diferir marcadamente de lo que el artista intentaba expresar conscientemente” (Panofsky, 1980a, p. 18). La intuición sintética debe tener en cuenta cómo “bajo condiciones históricas diferentes, las tendencias generales y esenciales de la mente humana son expresadas por temas y conceptos específicos. Esto significa lo que podríamos llamar una historia de los síntomas culturales” (p. 23).

De tal manera, los principios que regulan la elección y presentación de motivos y la creación e interpretación de imágenes, historias y alegorías, abarcando las soluciones formales y los procedimientos técnicos, son visibilizados a partir de una integración sintética de rasgos *diagnósticables*:

Para captar estos principios hace falta una facultad mental comparable con la del diagnóstico, una facultad que no podemos indicar mejor que con el término, aunque esté

bastante desacreditado, de ‘intuición sintética’, y que puede estar más desarrollada en un profano talentoso que en un erudito especialista. (Panofsky, 1980a, p. 23)

Es, entonces, una lectura *sintomatológica* de la obra, que infiere generalidades referenciales a partir de detalles estilísticos:

Una interpretación realmente exhaustiva del significado intrínseco o contenido podría incluso mostrar que los procedimientos técnicos característicos de un país, época o artista determinado, por ejemplo la preferencia de Miguel Ángel por la escultura en piedra en vez de bronce, o el uso peculiar de los trazos para sombrear sus dibujos, son un síntoma de la misma actitud básica, que es discernible en todas las otras cualidades específicas de su estilo. Concibiendo así las formas puras, los motivos, las imágenes, las historias, y las alegorías como manifestaciones de principios fundamentales, interpretamos todos esos elementos como lo que Ernst Cassirer llamó valores ‘simbólicos’ [...] un particular contenido espiritual se une a un signo sensible concreto y se identifica íntimamente con él. (Panofsky, 1980a, pp. 18-23)

Sintomatología

La interpretación sintomatológica tiene, por lo menos, dos características. En primer lugar, su densidad corporal y somática: “El síntoma es un signo rudimentario en intrínseca conexión con los procesos corporales” (Sebeok, 1996, p. 57). Esta dependencia le otorga un carácter compulsivo y automático, no arbitrario, definiendo así el síndrome como “una configuración de signos regida por normas con una designación estable” (p. 40).

En segundo lugar, su carácter médico. A partir del estudio de las ‘indicaciones de los cambios de la condición del cuerpo humano’, es constitutivo de una de las tres ramas de la medicina griega que estudiaron el fisiólogo alejandrino Erasistratus, el anatómico Herophilus y el epicúreo Asclepiades de Bitinia: “Los síntomas fueron los primeros signos examinados por los practicantes de la medicina del mundo antiguo; su estudio condujo a la fundación de la semiótica como una rama de la ciencia médica” (p. 57). Y, por supuesto, Hipócrates, considerado el padre de la semiótica médica o sintomatología, quien escribía en ‘*Epidemics I*’:

Las que a continuación se exponen fueron circunstancias relacionadas con las enfermedades a partir de las cuales yo formé mis opiniones, aprendiendo de la naturaleza

común de todos, y de la naturaleza particular de cada individuo, desde la enfermedad, el paciente, el régimen prescrito y el prescriptor —para a partir de ellas emitir un diagnóstico más o menos favorable—; desde la constitución, no sólo como una totalidad sino con respecto a las partes, del tiempo atmosférico y de cada región; desde las costumbres, forma de vida, prácticas y edad de cada paciente: desde el habla, modo, silencios, pensamientos, sueño o su ausencia, naturaleza y duración de los sueños, ánimo, cicatrices, lágrimas; desde irritaciones, orina, esputos, vómitos, antecedentes de las repercusiones en cada miembro de las sucesivas enfermedades, y abscesos que están abocados hacia un desenlace fatal o hacia una crisis, sudor, rigidez, escalofríos, tos, estornudos, hipo, respiración, eructos, flatulencias, silencio, ruido, hemorragias y hemorroides. A partir de todas estas cosas debemos considerar cuáles serán sus consecuencias (citado en Sebeok, 1996, p. 65-66).

Este análisis de los síntomas se irradió en cierta lectura de lo temporal al conectar el ‘antes’ y el ‘después’ alrededor del *diagnóstico*:

La sintomatología o ‘semeiología’ eventualmente se desarrolló en una rama de la medicina con una triple y especializada preocupación por el diagnóstico, centrándose en el aquí y ahora, y en sus dobles proyecciones temporales en el pasado anamnésico y el futuro pronóstico. (Sebeok, 1996, p. 41)

La *sintomatología*, entonces, expresa un paradigma indicial o adivinatorio caracterizado por su doble anclaje temporal: en su dimensión de *diagnóstico* (el pasado y el presente), y en la de *pronóstico* (el futuro). De acuerdo con Peirce, el síntoma es un índice que obedece, como toda relación indexical, a una contigüidad causal física (inversa), una cualidad existencial, dado que “en la medida en que el Índice es afectado por el Objeto tiene, necesariamente, alguna Cualidad en común con el Objeto y es en relación con ella como se refiere al Objeto” (Peirce, 1974, p. 30). El índice establece una “relación dual del signo con su objeto, independientemente de la mente que está utilizando el signo [...] Todos los signos naturales y los síntomas físicos participan de esa naturaleza” (Sebeok, 1996, p. 63). Así que, atendiendo a las relaciones de cualidad, singularidad o generalidad, los síntomas de un individuo son sinsignos indexicales, “mientras que el signo interpretado aparte de su manifestación se convierte en un legisigno indexical” (Staiano, citado en Sebeok, 1996, p. 63). Consecuentemente, los síntomas son huellas que operan como metonimias y generan ‘conjeturas provisionales’, inferencias circunstanciales:

Los síntomas funcionan como rastros en muchos aspectos —huellas, mordeduras, pequeñas cantidades de alimento, excrementos y orina, senderos, el chasquido de las ramas, guaridas, restos de comida, etc.— en todo el mundo animal y en tribus cazadoras en las que los hombres aprendieron a husmear, a observar, a dar significación y contexto al más leve indicio. (Sebeok, 1996, p. 64)

Así entendido el proceso inferencial, la supervivencia del cazador dependió de su capacidad para “reconstruir las formas y los movimientos de piezas de caza no visibles, por medio de huellas en el barro, ramas quebradas. Estírcol, mechones de pelo, plumas, concentraciones de olores” (Ginzburg, 1989b, p. 144). Esto es, un saber *cinegético* caracterizado por la “capacidad de remontarse desde datos experimentales aparentemente secundarios a una realidad compleja, no experimentada en forma directa” (p. 144), que se procesa narrativizando la información, lógica expresada en su más simple formulación mediante la figura “alguien pasó por ahí”:

Tal vez la idea misma de narración (diferente de la de sortilegio, encantamiento o invocación) haya nacido por primera vez en una sociedad de cazadores, de la experiencia del desciframiento de rastros [...] Leer, en los rastros mudos (cuando no imperceptibles) dejados por la presa, una serie coherente de acontecimientos. (p. 144)

La dinámica cognoscitiva basada en análisis, comparaciones y clasificaciones es la misma implicada en la lectura de los textos adivinatorios mesopotámicos a partir de vísceras de animales, gotas de aceite en el agua, astros, movimientos involuntarios del cuerpo, etc. (Manson, Púlice & Zelice, 2000). Pero el rastro, en tanto interpreta la causalidad, se dirige al pasado, es *retrodictivo* en el sentido enfatizado por Peirce, esto es, “parte de una anomalía inesperada para ir hacia un grupo de premisas, la mayor parte de las cuales son ya aceptadas” (Sebeok, 1996, p. 31-32); en cambio, la adivinación avanza hacia ‘lo que puede ser’, no hacia lo que ‘pudo ser’, es prospectiva, *prognóstica*: “La función de los adivinos era describir esos mensajes, idea que estaba destinada a desembocar en la multitudinaria imagen del ‘libro de la naturaleza’” (Ginzburg, 1989b, p. 145). O sea que la adivinación también estaba “orientada al análisis de casos individuales, reconstruibles sólo por medio de rastros, síntomas, indicios” (p. 146).

De cualquier manera, es necesario diferenciar las huellas de los síntomas. Las primeras son *improntas*, consideradas por Eco el caso más elemental de producción de signos, *formas-tipo* que, a partir de un hábito, remiten a la clase de sus posibles causas físicas, dado que proyectan los rasgos pertinentes de la forma-tipo del posible productor,

por lo cual su interpretación supone una competencia específica que correlacione una *expresión-tipo* con un *contenido-tipo*. Un código de improntas comprende, así, inferencias sinecédóticas y puede catalogar improntas a distintos niveles, bien en correlación con un individuo o espécimen, o con un género o una especie (Eco, 1992, pp. 268-269).

En los síntomas, en cambio, no existe, como en las improntas, proyección biunívoca de la *expresión-tipo*, aunque ella sea una clase de acontecimientos físicos que remiten a la clase de sus causas posibles, porque su causa es un rasgo del *contenido-tipo*. De otro lado, los indicios son

objetos dejados por un agente exterior en el lugar donde sucedió algo, que se reconocen como vinculados físicamente a ese agente, de manera que, a partir de su presencia real o posible, puede deducirse la presencia pasada, real o posible, del agente. (Eco, 1992, p. 269)

Esto implica que, para los síntomas, “la enciclopedia registra una contigüidad, presente o pasada, *necesaria* entre efecto y causa, y la presencia del efecto nos remite a la necesaria presencia de la causa” (p. 269); mientras que, para los indicios, “la enciclopedia registra sólo una contigüidad *possible* pasada entre el poseedor y lo poseído, y la presencia de lo poseído nos remite a la posible presencia del poseedor” (p. 269).

Huellas

Se pueden identificar otras fuentes de la metodología inferencial y su modelo epistemológico surgido a finales del siglo XIX. Giovanni Morelli⁴ (*Della pittura italiana. Studi storico critici. Le gallerie Borghese e Doria Pamphili in Roma*, 1890) propone, como método para diferenciar obras originales de sus copias, el examen de los detalles menos trascendentales y menos regulados por la escuela estilística del pintor: “lóbulos de orejas, uñas, formas de los dedos de manos y pies, aureolas: elementos inadvertidos que el copista descuida, pero que todo artista ejecuta de una manera característica” (Freud, 1954, p. 95). Se trata del análisis de lo marginal y periférico, de los rastros y los vestigios: “A la personalidad hay que buscarla allí donde el esfuerzo personal es menos intenso” (Morelli, citado en Ginzburg, 1989b, p. 140).

Es también el método de Giulio Mancini, médico personal del Papa Urbano VIII, quien ‘observaba’ lo excepcional en la pintura para identificar especificidades autoriales.

⁴ Quien firmaba como Johanes Schwarze, traductor del imaginario perito en arte ruso Ivan Lermolief (*Ztschrift für bildende Kunst*, 1874-1876).

Y el del médico boloñés Camillo Baldi, quien propone el axioma grafológico de que las rúbricas individuales son diferentes e irrepetibles (*Tratado de cómo por una carta misiva autógrafo se pueden conocer la naturaleza y cualidad del escritor*, 1622). Por su parte, Robert Baden-Powell, en el manual militar *Reconnaissance ans Scouting* (1884) adapta la técnica de Holmes de la deducción de conclusiones importantes a partir de indicios aparentemente insignificantes “al enseñar a sus jóvenes tropas cómo interpretar las localizaciones del enemigo y sus intenciones, estudiando signos topográficos indexicales, incluyendo las huellas” (Sebeok & Umiker-Sebeok, 1987, p. 86). Y en la misma línea, cuatro años después, Galton proponía el método de identificación dactiloscópico, si bien las huellas digitales ya eran empleadas por los japoneses como firma desde el siglo VII, modalidad que empezó a implementar sir William Herschel en Bengala en 1858, exigiendo a los nativos indios la firma de documentos con la huella del pulgar.

A partir de su instrumentalización policiva, la huella será leída como una ‘imagen latente’ ineludible. Lo definía con precisión el agente judicial E. Goddefroy, en su *Manual de técnica policial*: “Vale más una huella dactilar recogida en el lugar del crimen que la propia confesión del culpable” (citado en Virilio, 1989, p. 58). Es Alphonso Bertillón, Jefe del Servicio de Identificación Judicial e inventor del sistema antropométrico, quien logra la primera identificación de un criminal a partir de la ampliación fotográfica de sus huellas digitales en 1902, formulando además el método identificadorio del retrato hablado: “la descripción oral analítica de las unidades ‘discretas’ (nariz, ojos, orejas, etc.), cuya suma debería devolver la imagen del individuo, permitiendo en consecuencia el procedimiento de identificación” (Ginzburg, 1989b, p. 160).

Igualmente, el psicoanálisis se articula en torno a la inferencia de lo accidental y subconsciente, el estudio de los trastornos cotidianos del funcionamiento psíquico, síntomas, lapsus, actos fallidos, asociación libre, sueños, fantasías, recuerdos, deslices de habla, errores por acción u omisión, olvidos y equivocaciones, tal como los abordó Freud en *La Interpretación de los sueños* (1900/1985) y en *Psicopatología de la vida cotidiana*, escrito el año siguiente, entre otros textos (Dierkens, 1972):

¿Qué diríamos si todas las equivocaciones verbales pudieran ser explicadas de la misma forma y del mismo modo, y también todas las equivocaciones escritas, todo error al leer o al oír y todas las acciones equivocadas? ¿Qué diríamos si en todos esos ejemplos (podríamos decir sin ninguna excepción) fuera posible demostrar la presencia de un acto físico —un pensamiento, un deseo o una intención— que explicaría la aparente equivocación y que era inconsciente en el momento en que se realizó, aunque haya podido ser previamente consciente? Si esto fuera así, no sería ya realmente posible seguir negando

el hecho de que existen actos psíquicos que son inconscientes y que incluso a veces son activos mientras son inconscientes, e incluso en este caso pueden a veces influir considerablemente en las intenciones conscientes. (Freud, 1993a, p. 240)

Este estudio de lo involuntario es también el método para interpretar los sueños:

Freud descubrió la enorme significatividad de los sueños, se introdujo en el proceso analítico un elemento nuevo y esencialmente indeterminado. En efecto, era posible que el paciente estuviera por completo exento de síntomas, y no obstante sus sueños apuntaran a una diversidad de problemas escondidos. Este interés por los sueños allanó el camino para el análisis del carácter de los individuos normales desde el punto de vista cultural. (Fine, 1982, p. 70)

Su énfasis en lo subterráneo, su visibilización del ‘detritus’ simbólico y comportamental es explícito desde las primeras páginas de *Los sueños*: “dirigimos nuestra atención sobre aquellas asociaciones involuntarias que, fuera de este caso, son siempre rechazadas por la crítica como escorias sin valor alguno, que perturban nuestra reflexión” (Freud, 1993b, p. 117). En últimas, el descentramiento del sujeto que es hablado desde el inconsciente supone un núcleo básico sobre el cual trabaja la indagación indicial, las huellas mnésicas, vestigios de la represión, entendida como un “proceso que actúa sobre representaciones, con el retorno de lo reprimido como representante de la representación” (Julien, 2002, p. 38).

La exploración de esos ‘vestigios de la personalidad’, formulada por Morelli (además bajo un doble seudónimo), convergen con la ‘psicología de lo profundo’. De hecho, Freud referencia el ‘método Morelli’ en un pasaje de “El Moisés de Miguel Ángel”: “Creo que su método está estrechamente emparentado con la técnica del psicoanálisis médico. También éste suele revelar lo que se esconde bajo los rasgos desdeñados o inadvertidos, lo que albergan los “desechos” de la observación” (Freud, 1954, p. 95).

Enrico Castelnuovo comparaba el ‘método Morelli’ con la identificación criminal (relación formulada por Wind, en *Art and Anarchy*, 1963)⁵, conectándolo con el método de investigación de Sherlock Holmes, cuya máxima recurrente reza: “cuando se ha ex-

⁵ “Morelli’s book looks different from those of any other writer on art. They are sprinkled with illustrations of fingers and ears, careful record of the characteristic trifles by which an artist gives himself away, as a criminal might be spotted by a fingerprint [...] any art Gallery studied by Morelli begins to resemble a rogue’s gallery” (Wind, citado en Ginzburg & Davin, 1980, p. 8).

cluido lo imposible, lo que queda, aunque improbable, tiene que ser la verdad” (citado en Sebeok & Umiker-Sebeok, 1987, p. 46). Premisa derivada de su proceso analítico orientado a la minucia: “Holmes no sólo elige las hipótesis más sencillas y naturales sino que además desmenuza una hipótesis en sus cada vez más pequeños componentes lógicos y arriesga, cada vez, sólo uno de ellos” (p. 47). Régis Messac, por su parte, argumenta que los procedimientos de Holmes no son ni verdaderas deducciones ni inducciones, “sino más bien los razonamientos están basados en un hecho particular y conducen, por medio de ‘circunvalaciones’ más o menos complejas, a otro hecho particular” (Messac, 1929, p. 602).

Elemental, mi estimado Peirce

Arthur Connan Doyle crea a Sherlock Holmes basado en su profesor, el doctor Joseph Bell, de la “Royal Infirmary of Edinburgh”, famoso por su capacidad analítica y deductiva. El propio Bell, en pasaje escrito en 1892, anota, a propósito de reconocer a un amigo entre la multitud, la analogía entre el crimen y la enfermedad:

En cada cosa esencial uno se parece al otro, sólo difieren en nimiedades y, a pesar de ello, conociendo sus nimiedades bien, le reconoces o haces el diagnóstico con facilidad. De igual manera ocurre con la enfermedad de la mente o cuerpo o costumbres [...] La importancia de lo infinitamente minúsculo es incalculable. (Starret, 1971, p. 24)

También Holmes elabora diagnósticos: “la identificación de una patología criminal, a partir de una serie de percepciones diminutas, enlazadas por hipótesis, y además, normalmente acaba por tratar un caso pasado como a un viejo amigo” (Sebeok & Umiker-Sebeok, 1987, p. 70). De hecho, Sherlock Holmes define continuamente su estrategia inferencial, por ejemplo, en *El misterio del Valle de Boscombe*:

Ya os he dicho, Watson, que nada hay más difícil ni más oscuro que lo excesivamente fácil y lo netamente claro. Además, ¿por qué no hemos de descubrir otros detalles que hayan pasado inadvertidos a los demás? Me conocéis hace mucho tiempo y sabéis que mi superioridad consiste en que sé ver las cosas mejor que nadie. Por ejemplo, yo me he fijado en dos cosas que a los demás han parecido secundarias. (Conan Doyle, 2003, p. 240)

Igual en *Un caso de identidad*:

Me pareció que observaba usted en ella muchas cosas que eran completamente invisibles para mí –le hice notar. –Invisibles, no, Watson, sino inobservadas. Usted no supo donde mirar, y por eso se le pasó por alto lo importante. No consigo convencerle de la importancia de las mangas, de lo sugerentes que son las uñas de los pulgares, de los problemas cuya solución depende de un cordón de los zapatos [...] Nunca se confíe a impresiones generales, muchacho, concéntrese en los detalles. Lo primero que yo miro son las mangas de una mujer. En el hombre tiene quizá mayor importancia la rodillera del pantalón. (Conan Doyle, 1984, p. 61)

En el ya citado *Misterio del valle de Boscombe*, enfatiza en el carácter indicial de los hechos singulares: “Yo, según he dicho otras veces, prefiero esta clase de sucesos que no tienen interés alguno a primera vista, pues suelen ser luego los más interesantes” (Conan Doyle, 2003, p. 239). La afinación perceptiva que amplifica y especifica el indicio es claramente establecida en *Un escándalo en Bohemia*:

No pude menos de reírme de la facilidad con que explicaba el proceso de sus deducciones, y le dije: –Siempre que le oigo aportar sus razones, me parece todo tan ridículamente sencillo que yo mismo podría haberlo hecho con facilidad, aunque, en cada uno de los casos, me quedo desconcertado hasta que me explica todo el proceso que ha seguido. Y, sin embargo, creo que tengo tan buenos ojos como usted. –Así es, en efecto (...) Usted ve, pero no se fija. Es una distinción clara [...] Usted ha visto pero no se ha fijado. Ahí es donde yo hago hincapié. (Conan Doyle, 1984, p. 19)

Como en muchas otras ocasiones, Holmes aplica ‘detalladamente’ esta diferencia entre ver y observar:

Es la cosa más sencilla –dijo–. La vista me dice que en la parte interior de su zapatito izquierdo, precisamente en el punto en que se proyecta la claridad del fuego de la chimenea, está el cuero marcado por seis cortes casi paralelos. Es evidente que han sido producidos por alguien que ha rascado sin ningún cuidado el borde de la suela todo alrededor para arrancar el barro seco. Eso me dio pie para mi doble deducción de que había salido usted con mal tiempo y de que tiene un ejemplar de doméstica londinense que rasca las botas con verdadera mala saña. En lo referente al oficio de la medicina, cuando entra un caballero a mis habitaciones oliendo a cloroformo, y veo en uno de los costados de su sombrero de copa un bulto saliente que me indica dónde ha escondido su estetoscopio,

tendría yo que ser muy torpe para no dictaminar que se trata de un miembro en activo de la profesión médica. (p. 19)

Pero el ‘detalle’ no es solo la minucia o lo ínfimo, sino también lo sorprendente, los eventos inusuales, lo extraordinario, como explícitamente lo afirma en *Un estudio escarlata*: “lo extraordinario es, normalmente, más una pista que un inconveniente” (Conan Doyle, 1983, p. 71), enfoque en lo ‘excéntrico’ que también formula en *El sabor de los Baskerville*:

El incidente más estrañalario y grotesco es el más interesante para ser examinado cuidadosamente, y el quid de la cuestión que parece complicar un caso se convierte, cuando es debidamente considerado y científicamente manejado, en el único apropiado para resolverlo. (p. 190)

Estos procedimientos de razonamiento analítico suponen la indagación de pistas retrospectivamente, hacia atrás, buscando su causalidad lógica: “Al resolver un problema de este tipo, lo maravilloso es poder razonar hacia atrás [...] Por cada persona que puede razonar analíticamente, hay cincuenta que pueden hacerlo sintéticamente” (p. 74). Es la *retroducción* formulada por Peirce⁶, la inversión del ‘flash back’ en su cualidad retrospectiva, señalada en *Un estudio escarlata*:

A la mayoría de la gente, si se le describe una serie de sucesos, son capaces de decir cuál será el resultado. Pueden ensamblar aquellos conocimientos en sus mentes, y razonar a partir de ellos que algo pasará. Sin embargo, hay poca gente que, si se les da un resultado, son capaces de deducir, a partir de sus propios conocimientos interiores, qué peldaños condujeron a tal resultado [...] Es a este poder al que me refiero cuando hablo de razonamiento hacia atrás, o de razonar analíticamente. (p. 78)

Desde principios de los 70, Marcello Truzzi (*Sherlock Holmes: Applied Social Psychologist*) apuntó las similitudes entre las tan famosas deducciones del detective Holmes, o inducciones, y las conjeturas de Peirce. Y para explorar tales conexiones Thomas A. Sebeok y Jean Umiker-Sebeok partieron de un acontecimiento detectivesco

⁶ “La retroducción aumenta las posibilidades de que exista suficiente afinidad entre la mente del razonador y la naturaleza sobre la que se conjectura de manera no totalmente inútil, considerando que cada conjectura se restringe al compararse con la observación” (Peirce, 1931-1958, vol. 1, párr. 121).

protagonizado por Peirce en 1879, cuando trabajaba para la “Coast and Geodesic Survey”, a propósito de la pérdida de su abrigo y su reloj de oro ‘Tiffany’ en el vapor Fall River Bristol, cuya relación más detallada apareció en el ensayo *Guessing*, escrito durante primavera de 1907 y publicado, por primera vez, en 1919 en la revista *Hound and Horn*. La sorprendente indagación tenía un referente 12 años antes, en la pesquisa contrastiva de 25 830 comparaciones de las pulsaciones de 42 firmas, realizada con su padre, el matemático Benjamín Peirce en 1867, con el objetivo de confirmar la autenticidad de la firma del testamento de Miss Silvia Ann Howland (Sebeok & Umiker-Sebeok, 1987, pp. 16-17).

Si se define la lectura inferencial como un desciframiento regido por el eje prosístico de la metonimia (la parte por el todo; el efecto por la causa), que comprende análisis, comparaciones, y clasificaciones, se está definiendo también la interpretación hipotética y conjetal, yuxtaposición de los trayectos cognitivos de la *inducción* y la *deducción*, llamada por Peirce *abducción*:

Hago una abducción siempre que expreso en una frase lo que veo. La fábrica de nuestro conocimiento, en su totalidad, es un espeso filtro de pura hipótesis confirmada y limada por la inducción. El conocimiento no puede dar ni el más pequeño paso adelante con sólo la observación, debe hacer a cada momento abducciones. (Peirce, 1931-1958, p. 692)

La *abducción* es la “adopción provisional de una inferencia explicativa, con el objetivo de someterla a verificación experimental, y que se propone hallar, junto con el caso, también la regla” (Eco, 1992, p. 232). Y constituye una de las tricotomías de los ‘argumentos’ simples, que permiten ser considerados como “pertenecientes a una clase general de argumentos análogos”⁷:

7 “Una Deducción es un argumento cuyo Interpretante representa que pertenece a una clase general de posibles argumentos exactamente análogos que se caracterizan por el hecho de que, a lo largo de la experiencia, la mayor parte de aquellos cuyas premisas son verdaderas tendrán conclusiones verdaderas. Son, o bien Necesarias o bien Probables [...] Una Inducción es un método para formar Símbolos Dicentes (proposiciones generales) relativos a una cuestión definida, método en el cual el Interpretante [...] representa que, si se persiste en este método, a la larga producirá la verdad, o una aproximación indefinida a la verdad, con respecto a cada cuestión. Una inducción es o un *Argumento de Interjección* [...] método que consiste en negar que una clase general de sucesos habrá de ocurrir nunca, por la razón de que nunca ha acontecido antes [...]; o la *verificación de una predicción general* [...] método que consiste en descubrir o realizar las condiciones de la predicción y en concluir que será verificada aproximadamente con tanta frecuencia como experimentalmente se encuentre para ser verificada [...]; o un *Argumento de una muestra aleatoria* [...] método para

Una abducción es un método para formar una predicción general sin ninguna verdadera seguridad de que tendrá éxito, sea en un caso especial o con carácter general, teniendo como justificación que es la única esperanza posible de regular nuestra conducta futura razonablemente, y que la Inducción, partiendo de experiencias pasadas, nos alienta fuertemente a esperar que tendrá éxito en el futuro. (Peirce, 1974, p. 41)

La abducción se diferencia, entonces, tanto de la inducción como de la deducción, aunque entrecrece sus dinámicas:

La abducción parte de los hechos sin, al principio, tener ninguna teoría particular a la vista, aunque está motivada por la idea de que necesita una teoría para explicar los hechos sorprendentes. La inducción parte de una hipótesis que parece aconsejarse sin, al principio, tener ningún hecho particular a la vista, aunque necesita los hechos para sostener la teoría. La abducción persigue una teoría. La inducción anda buscando los hechos. En la abducción la consideración de los hechos sugiere la hipótesis. En la inducción el estudio de la hipótesis sugiere los experimentos que sacarán a la luz los verdaderos hechos a los que la hipótesis ha apuntado. (Peirce, 1931-1958, vol. 7, párr. 218)

Es el movimiento de la lógica enunciativa que Peirce llamaba ‘proposición hipotética’, con cuya indagación define la transitividad y la inclusión (‘ilación’) de la cópula lógica como relación fundamental que soporta el silogismo (en contra de la corriente que afirmaba la igualdad como dinámica básica de la inferencia silogística):

Pues bien, la peculiaridad de la proposición hipotética estriba en que va más allá del estado de cosas real y afirma lo que sucedería de ser las cosas distintas a como son o pueden ser. La utilidad que esto tiene está en que nos pone en posesión de una regla, a saber, que ‘si A es verdadero, B es verdadero’ tal que si más tarde llegáramos a saber algo que ahora no sabemos, a saber, que A es verdadero, entonces, en virtud de esta regla, nos encontraríamos con que sabemos también alguna otra cosa, a saber, que B es verdadero. No puede caber duda alguna de que lo posible, en su significación primaria, es aquello que, hasta donde alcanza nuestro conocimiento, es verdadero, aquello cuya falsedad no conocemos. Este propósito se verá por tanto satisfecho si, dentro del ámbito entero de la

determinar qué proporción de los miembros de una clase finita poseen una cualidad predesignada, o virtualmente predesignada, mediante la selección de instancias de esa clase” (Peirce, 1974, pp. 39-40).

posibilidad, en cualquier estado de cosas en que A es verdadero, lo es también B. Por consiguiente, sólo hay un estado de cosas que puede hacer falsa a la proposición hipotética: Aquel en que siendo A verdadero, B es falso. Los estados de cosas en que A es falso, lo mismo que aquellos en que B es verdadero, no pueden hacerla falsa. (Peirce, 1968, p. 19)

La conexión trazada entre el método de Holmes y el de Peirce se basa en la categorización y la inferencia identificatoria:

El examinar una hipótesis como si de la identidad de una persona se tratara a partir del conjunto de pistas que ofrece la apariencia física del individuo en cuestión, manera de hablar, y cosas por el estilo, involucra cierta cantidad de conjeturas, de ahí que Peirce lo llame inducción abductiva. (Sebeok & Umiker-Sebok, 1987, p. 72)

Los procesos inferenciales se diferencian por el tipo de relación que establecen entre una Regla, un Caso y un Resultado. Tratándose de las deducciones lógicas, existe una Regla de la que, dado un Caso, se infiere un Resultado; en la inducción, dado un Caso y un Resultado, de ellos se infiere la Regla; en la hipótesis o ‘abducción’, hay inferencia de un Caso a partir de una Regla y de un Resultado (Eco, 1995, pp. 206-207). Con palabras del mismo Peirce: “La deducción prueba que algo tiene que ser; la inducción muestra que algo es actualmente operativo; la abducción sugiere meramente que algo puede ser” (Peirce, 1988, p. 136).

Consecuentemente, se pueden discriminar dos procesos inferenciales o abductivos: a partir de uno o más hechos particulares determinar la hipótesis de una ley general, tal es la dinámica de los descubrimientos científicos que se ocupa de ‘la naturaleza de los universos’; o bien, a partir de uno o más hechos particulares determinar “la hipótesis de otro hecho particular que se supone es la causa del primero o de los primeros” (Eco, 1992, p. 261), lógica característica de la investigación criminal, que se ocupa, entonces, de los textos, o series coherentes “de proposiciones vinculadas entre sí por un tópico o tema común” (p. 261). De cualquier manera, uno y otro obedecen al mismo mecanismo de pensamiento conjetural:

Creo que el mecanismo general de la abducción sólo puede esclarecerse si aceptamos tratar los universos como si fueran textos, y los textos como si fueran universos. Desde esta perspectiva, la diferencia entre los dos tipos de abducción desaparece. Cuando se toma un hecho concreto como hipótesis explicativa de otro hecho concreto, el primero funciona (dentro de un universo textual dado) como ley general que explica el segundo. No

es necesario decir que las leyes generales, en la medida en que están expuestas a falsación y a conflictos potenciales con leyes alternativas que podrían explicar igualmente bien los mismos hechos, deberían tomarse como hechos de una naturaleza particular, o como modelos generales de determinados hechos que causan la explicación de los mismos. (p. 262)

Son varios los tipos de abducción. La *hipótesis* o *abducción hipercodificada*, en la que una ley codificada se da de manera automática o semiautomática, pero que de cualquier manera supone un proceso inferencial, aunque sea una interpretación a través de códigos: “El reconocimiento de un cierto fenómeno como la ocurrencia de un tipo determinado presupone algunas hipótesis acerca del contexto expresivo y del co-texto discursivo” (p. 263). La *abducción hipocodificada*: en la que “la regla debe seleccionarse entre una serie de reglas equiprobables (puestas a disposición por el conocimiento corriente del mundo, o enciclopedia semiótica)” (p. 263). La *abducción creativa*: cuando debe inventarse la ley que relaciona el caso y el resultado (por ejemplo, durante los cambios paradigmáticos en el sentido de Kuhn, verbigracia el cambio del modelo ptolemaico por el modelo copernicano: Kuhn, 1996). Y la *meta-abducción*: cuando “se decide si el universo posible delineado por nuestras abducciones de primer nivel es el universo de nuestra experiencia [...] En otras palabras, el conocimiento del mundo corriente nos permite pensar que la ley ha sido reconocida como válida” (Eco, 1995, p. 210).

Son dos los procesos inferenciales con respecto a la ausencia o existencia de la Regla. En un extremo, la *hipercodificación*, que se basa en sistemas de convenciones anteriores, desde los que se complica una función semiótica existente mediante una selección contextual. A partir de una regla anterior se propone “una regla adicional para una complicación particular de la regla general” (p. 210), avanzando desde códigos existentes hasta subcódigos más analíticos. Su dinámica está presente tanto en las reglas retóricas y estilísticas como en la iconografía y las fórmulas de cortesía. Lo que implica que remitir improntas, síntomas e indicios a determinadas clases de causas es una *abducción hipercodificada*.

En el otro extremo, la *hipocodificación*, cuando “a falta de reglas más precisas se admite provisionalmente porciones macroscópicas de ciertos textos como unidades pertinentes de un código en formación [...] aunque sus reglas combinatorias sigan siendo desconocidas” (p. 213). Se parte así “de códigos inexistentes o desconocidos hasta códigos potenciales o genéricos”, como lo ilustran los ‘juicios estéticos’, lo que implica que la identificación de un tópico textual a partir de la interpretación de improntas, síntomas o índices es una *abducción hipocodificada*.

Los procesos de hipercodificación e hipocodificación manifiestan dos diferentes lógicas de interpretación de lo ínfimo y lo indicial, que regulan tanto el análisis como la producción de sentido, y se discriminan de acuerdo con el tipo de relación entre una totalidad cualquiera y sus partes constitutivas, dos modalidades epistemológicas según partan del *detalle* y el *corte* o del *fragmento* y la *fractura*, llamadas por Calabrese la ‘práctica del asesino’ y la ‘práctica del detective’ (Calabrese, 1994, p. 85). Por una parte, el detalle y su totalidad son co–presentes, implicando la simultaneidad de funcionamiento entre el elemento y el sistema. El detalle es una dinámica de ampliación, relativizada por el punto de vista del observador, que *re–constituye* y enriquece la totalidad densificando sus rasgos cualitativos. El detalle explica al objeto mediante un trayecto epistemológico hipotético–deductivo y en la medida de su reflexividad (que permite enriquecer el sistema) manifiesta la sobrevaloración de su potencial significativo, una tendencia a la excepcionalidad (pp. 87-88).

Por otra parte, el fragmento y su totalidad expresan una relación esquemática y estática, una dinámica inferencial que relaciona una parte presente con un todo ausente, asociada con una irrupción, una ruptura o que exige la *re–construcción* hipotética del todo a partir de la parte. El fragmento es explicado mediante una aproximación inductiva o una abducción, y en la medida de su potencialidad virtual para reconstruir la totalidad, implica una tendencia hacia la normalización del sistema (p. 93).

Las anteriores anotaciones dibujan la cartografía de una modalidad analítica, o conocimiento conjetal, llamado por Ginzburg el *paradigma indicial o adivinatorio*, fundamento epistemológico de la *microhistoria*: “una actitud orientada al análisis de casos individuales, reconstruibles sólo por medio de rastros, síntomas, indicios” (Ginzburg, 1996, p. 146). El recorrido señalado permite concluir, conceptual y metodológicamente, que los mínimos rasgos y eventos pueden ser reveladores de características más generales, discernibles y categorizables, y por ello mismo se pueden establecer vinculaciones tipológicas o formales, es decir morfológicas, desde una perspectiva semiótica que enriquezca la interpretación histórica.

Se trata, entonces, de recuperar el sentido de la ‘lectura’ analítica como una pesquisa y un tejido, como un tapiz. Es decir, la interpretación indicial de los textos culturales en su dimensión sintomatológica, que permite inferir tanto la cualidad determinativa de las estructuras socio–culturales como la potencia expresiva de los agentes individuales: “El verbo ‘leer’ era también ‘recoger’, ‘recolectar’, ‘espiar’, ‘reconocer las huellas’, ‘coger’, ‘robar’. ‘Leer’ denota, pues, una participación agresiva, una activa apropiación del otro.” (Kristeva, 1981, p. 236).

Bibliografía

- Burke, P. (2000a). Relevancia y deficiencias de la Historia de las Mentalidades. *Formas de Historia Cultural* Madrid: Alianza Editorial S.A.
- Burke, P. (2000b). Unidad y variedad en la historia cultural. *Formas de Historia Cultural* (pp. 244-249). Madrid: Alianza Editorial S.A.
- Bolléme, G. (1990). *El pueblo por escrito. Significados culturales de lo popular*. México: Editorial Grijalbo S.A.
- Burucúa, J. E. (2003). *Historia, arte, cultura. De Aby Warburg a Carlo Ginzburg*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Calabrese, O. (1994). *La Era Neobarroca*. Madrid: Ediciones Cátedra S.A.
- Conan Doyle, A. (1983). *Las memorias de Sherlock Holmes*. Madrid: Ed. Anaya.
- Conan Doyle, A. (1984). *Las Aventuras de Sherlock Holmes*. España: Eurolíber, S.A.
- Conan Doyle, A. (2003). *Aventuras de Sherlock Holmes*. México: Editorial Porrúa S.A.
- Chartier, R. (2000). *Cultura escrita, literatura e historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Chartier, R. (2005). Historia Intelectual e Historia de las Mentalidades. Trayectorias y preguntas. En *El Mundo como representación* (pp. 13-44). Barcelona: Editorial Gedisa S.A.
- Dierkens, J. (1972). *Freud. Antología sistemática*. Barcelona: Oikus-Tau S.A.
- Eco, U. (1987). *El nombre de la rosa*. Bogotá: Editorial Lumen-Siglo XXI.
- Eco, U. (1992). *Los límites de la interpretación*. Barcelona: Editorial Lumen, S.A.
- Eco, U. (1995). *Tratado de Semiótica General*. Barcelona: Editorial Lumen, S.A.
- Febvre, L. (1930). *Civilisation. Evolution d'un mot et d'un groupe d'idées*. Centre International de synthèse. París: Albin Michel.
- Febvre, L. (1942). *Le problèmes de l'incroyance au XVI^e siècle*. París: Albin Michele.
- Fine, R. (1982). *Historia del psicoanálisis*. Tomo 1. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Freud, S. (1954). El Moisés de Miguel Ángel. En *Obras Completas XVIII, Psicoanálisis Aplicado*. Buenos Aires: Santiago Rueda Editor.
- Freud, S. (1985). *La interpretación de los sueños*. Madrid: Alianza Editorial.
- Freud, S. (1993a). Algunas lecciones elementales de psicoanálisis. En *Textos Fundamentales del psicoanálisis*. Barcelona: Ediciones Altaya S.A.
- Freud, S. (1993b). Los Sueños. En *Textos Fundamentales del psicoanálisis*. Barcelona: Ediciones Altaya S.A.
- Goldman, L. (1968). *Marxismo, Dialéctica y Estructuralismo*. Argentina: Ediciones Calden.

- Ginzburg, C. (1986). *El Queso y los Gusanos. El cosmos, según un molinero del siglo XVI*. Barcelona: Muchnik Editores.
- Ginzburg, C. (1989a). De A. Warburg a E. H. Gombrich. Notas sobre un problema de método. En *Mitos, Emblemas, Indicios. Morfología e Historia*. Barcelona: Editorial Gedisa S.A.
- Ginzburg, C. (1989b). Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales. En *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e Historia*. Barcelona: Editorial Gedisa S.A.
- Ginzburg, C., & Davin, A. (1980). Morelli, Freud and Sherlock Holmes: Clues and Scientific Method. *History Workshop*, 9, 5-36. Recuperado de <http://www.clas.ufl.edu/users/burt/GinzburgMorelliFreudHolmes.pdf>
- Julien, P. (2002). *Psicosis, perversión, neurosis*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Kristeva, J. (1981). *Semiotica I*. Madrid: Editorial Fundamentos.
- Kuhn, H. (1996). *La estructura de las revoluciones científicas*. Santafé de Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- McDonald, D. (1962). *Against the American Grain*. Nueva York: Random House.
- Manson, F., Pulice, G., y Zelis, O. (2000). *De Sherlock Holmes, Peirce y Dupin a la experiencia Freudiana*. Recuperado de <https://www.acheronta.org/acheronta12/investigacion.htm>
- Méssac, R. (1929). *Le 'Detective Novel' et l'influence de la pensée scientifique*. París: Librairie Ancienne Honoré Champions.
- Panofsky, E. (1980a). *Estudios sobre Iconología*. Madrid: Alianza Editorial S.A.
- Panofsky, E. (1980b). 'La Perspectiva como forma simbólica'. Barcelona: Tusquets.
- Peirce, C. S. (1931-1958). *Collected Papers of Charles Sander Peirce*". Comp. Charles Hartshorne, Paul Weiss y Arthur W. Burks. Cambridge: Harvard University Press.
- Peirce, C. S. (1968). *Escritos lógicos*. Introducción, selección y traducción de Pilar Castrillo Criado. Madrid: Alianza Editorial S.A.
- Peirce, C. S. (1974). *La Ciencia de la Semiótica*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Peirce, C. S. (1988). *El Hombre un signo. El pragmatismo de Peirce*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Sebeok, T. A. (1996). *Signos: una introducción a la semiótica*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Sebeok, T. A., & Umiker-Sebeok, J. (1987). *Sherlock Holmes y Charles S. Peirce. El método de la Investigación*. Barcelona: Ediciones Paidós.

- Starobinski, J. (1977). Los anagramas de Ferdinand de Saussure. Textos inéditos. En Ana María Nethol (ed.), *Ferdinand de Saussure. Fuentes manuscritas y estudios críticos* (pp. 229-247). México: Siglo XXI Editores.
- Starrett, V. (1971). *The Private Life of Sherlock Holmes*. Nueva York: Haskell House.
- Virilio, P. (1989). *La máquina de visión*. Madrid: Ediciones Cátedra S.A.
- Warburg, A. (1966). *La Rinascita del Paganesimo Antico, Contributi alla storia della cultura*. Florencia: La Nuova Italia.
- Warburg, A. (1928). El testimonio del propio Aby Warburg. Fragmento de conferencia pronunciada en 1928 durante la cual presentó algunas láminas del proyecto Mnemosyne. Burucúa, José Emilio (2003). *Historia, arte, cultura. De Aby Warburg a Carlo Ginzburg*. Argentina: Fondo de Cultura Económica, S.A.